

SESIONES ORDINARIAS

2006

ORDEN DEL DIA N° 448

COMISION DE CULTURA

Impreso el día 27 de junio de 2006

Término del artículo 113: 6 de julio de 2006

SUMARIO: **Libro Mena**, editado en noviembre de 2005 por Editorial El Ateneo. Declaración de interés de la Honorable Cámara. **Méndez de Ferreyra**. (217-D.-2006.)

Luis A. Ilarregui. – José E. Lauritto. – Olinda Montenegro. – Norma E. Morandini. – Stella M. Peso. – Hugo G. Storero.

Dictamen de comisión

Honorable Cámara:

La Comisión de Cultura ha considerado el proyecto de declaración de la señora diputada Méndez de Ferreyra por el que se declara de interés de la Honorable Cámara el libro *Mena*, que recorre la obra escultórica y poética de Juan de Dios Mena; y, por las razones expuestas en el informe que se acompaña y las que dará el miembro informante, aconseja la aprobación del siguiente

Proyecto de resolución

La Cámara de Diputados de la Nación

RESUELVE:

Declarar de interés de esta Honorable Cámara el libro *Mena*, editado en noviembre del 2005 por Editorial El Ateneo, cuyos contenidos recorren la obra escultórica y poética de Juan de Dios Mena, a través del análisis de los editores literarios Mariano Giordano y Francisco Romero, el prólogo de Mempo Giardinelli, la presentación de Eduardo Grüneisen y 173 fotografías de Ernesto Sijerckovich de tallas en curupí policromadas, autoría de este importante artista de la región chaqueña del país.

Sala de la comisión, 7 de junio de 2006.

Jorge E. Coscia. – Luciano R. Fabris. – Silvia B. Lemos. – Marta S. De Brasi. – Ana Berraute. – María C. Alvarez Rodríguez. – Rosana A. Bertone. – Margarita Ferrá de Bartol. – Santiago Ferrigno. – Jorge A. Garrido Arceo. –

INFORME

Honorable Cámara:

La Comisión de Cultura, al considerar el proyecto de declaración de la señora diputada Méndez de Ferreyra por el que se declara de interés de la Honorable Cámara el libro *Mena*, que recorre la obra escultórica y poética de Juan de Dios Mena, lo modifica adecuándolo a lo indicado en el reglamento y cree innecesario abundar en más detalles que los expuestos en los fundamentos que acompañan la iniciativa, por lo que los hace suyos y así lo expresa.

Jorge E. Coscia

FUNDAMENTOS

Señor presidente:

Juan de Dios Mena nació en el Chaco santafesino, donde desempeñó diversas tareas de campo que indicaron su predilección por los temas rurales. Autodidacta, su vocación se despertó en 1932, cuando con un simple cortaplumas trataba de tallar una calavera en el extremo de una vara de guayaibí, madera dura de la región, para usarla como bastón. La proyectada calavera se convirtió en una cabeza de un criollo y siguió entusiasmado con otros trabajos, pero utilizando el curupí de madera blanda. A los cuatro años ya se encontraba exponiendo en una sala de la calle Florida de Buenos Aires.

Su obra comprende tres etapas fundamentales: la primera, con tallas con aditamentos como telas, fieltros o pelos; la segunda, con muñecos grotescos policromos y la tercera, con sus "Cristos". También

dejó algunas pinturas y un libro llamado *Virolas y otras chafalonías*.

Falleció en Rosario, provincia de Santa Fe, en 1954, dejando un importante rastro como militante de la cultura regional, poeta nativista y escultor tradicionalista moderno, según las concienzudas categorías enunciadas por los editores de *Mena*.

La particular belleza del libro *Mena* tal vez esté en la necesidad de un registro que plasme el lenguaje del territorio en el que tanto el concepto como la madera se imponen. Los excepcionales o inusuales registros en los que el arte de los “hijos del país” construyen el testimonio de la presencia, del estar en el mundo del indio, del tape, de la china, intentan recomponer en parte las profundas asimetrías en que la historia de las relaciones culturales en el país del interior fueron construidas.

El oficio, el gesto, la postura, las actividades de la vida cotidiana, que como excepción cambiaron la forma original de la madera curupí en la obra de Mena, son detenidamente analizados por la doctora Mariana Giordano, en su totalidad y en una cita particular sobre cada pieza, apreciable a través de una impecable serie de fotografías que complementan la tarea y posibilitan acceder a la intencionalidad y delicadeza del artista.

La insistencia en los “Cristos”, síntesis tal vez de un sincretismo sin salida, endurecido, que remite en el rostro tallado, en la caída, el derrotero de quienes se han criado conociendo profundamente la madera nativa en la que Mena trabajaba, nos habla de un artista de profunda empatía en el pueblo que lo cobijara.

Mariana Giordano lo reconoce diciendo: “...el sabor telúrico de su obra, lo que él consideraba el verdadero ser argentino que estaba en su gente, fue representado con una originalidad, con una técnica que paulatinamente fue perfeccionando y con un sentido del objeto escultórico que hace caso omiso de la escala. Todo ello transforma su obra en un caso raro en la historia del arte argentino”.

Mena también recupera el texto del poeta Juan de Dios a través del análisis literario de Francisco Teté Romero, que inspirado en las letras del norte apela a un telurismo que guía el sentido de la vida del artista y construye una paciente estructura literaria que da como resultado su libro *Virolas...*

El valor del artista es considerado con prepotencia por Francisco Romero cuando compara la “majestad insular, irreverente, de sus tallas” con la “reescritura tan cuidada” de su poesía, “como la de un orfebre que en su pequeño taller pule sus recuerdos”.

Mena expresó –aún expresada en la vigencia de su obra– nuestra cotidianeidad y sentido de pertenencia, para decirlo en sencillo: nuestra cultura popular.

A él se ha dedicado ya uno de los más importantes críticos de arte argentino, Cayetano Córdoba

Iturburu, en el texto que a continuación pongo para la consideración de los señores diputados y que aporta una estimación de la importancia de la obra de Mena y, por ende, de un libro dedicado a ella:

“*Juan de Dios Mena, ingeniero popular*

“En el ámbito de las artes de la Argentina, o, de manera más precisa, dentro del panorama del desenvolvimiento de nuestra escultura, la personalidad y la obra de Juan de Dios Mena constituyen un caso único, de perfiles originales y exclusivos. Es el caso de un instintivo o, mejor, de un intuitivo absoluto que un buen día, a los treinta y tantos años de su edad, se descubre, no sin cierto asombro, condiciones de modelador y a la vuelta de no mucho tiempo se ve rodeado, en su improvisado y sumario taller, de una multitud de pequeñas y sugestivas tallas en madera, salidas de su fantasía y de sus manos, que suscitan el interés, la curiosidad y la admiración de las gentes.

“Mena, hombre de vida rica en acontecimientos y, desde luego, nada fácil en sus comienzos, jamás había soñado en ser artista. Dio sus primeros pasos, se hizo muchacho y luego hombre, en el ámbito de los trabajos modestos de un medio rural de su provincia nativa de Santa Fe y en el Chaco. Fue primero peón de estancia, más tarde mayordomo de un establecimiento agropecuario, después, en la ciudad de Resistencia, empleado y encargado de un bar.

“Cierta vez, en la época en que trabajaba en el campo –esto ocurrió en 1932– un amigo suyo, un carrero entrerriano, le llevó una hermosa estaca de guayaibí, dura y pesada madera de la zona, con el generoso propósito de que se hiciera, con ella, un bastón. Mena agradeció el regalo y pensó que sería interesante hacerle, a aquel bastón, una empuñadura original. Sacó su afilado cortaplumas y empezó a desbastar uno de los extremos de la estaca movido por el extraño deseo de tallar, allí, una calavera.

“Pero a poco andar advirtió, muy divertido, que lo que estaba surgiendo de su trabajo no era una calavera, sino la cabeza, de fisonomía burlesca, de un paisano. Esta cabeza inesperada, primaria y rústica, pero fuertemente expresiva, fue su primera obra y constituyó, en su vida, un acontecimiento decisivo. Estimulado por aquel éxito, sintió la necesidad imperiosa de intentar la realización de otras figuras. Pero la madera de guayaibí era muy dura, muy difícil de trabajar. Necesitaba otra madera, algo más blanda, más dócil, menos rebelde a las posibilidades de la talla. Se fue al monte donde, por cierto, no faltaban árboles dotados de todos los tipos imaginables de madera. Encontró, por fin, uno que le convenía –el curupí– un árbol desdorado precisamente por su blandura, por su ligereza, por la facilidad con que se quema y que

no sirve, por consiguiente, ni para la construcción ni para los fogones porque se consume, en el fuego, con demasiado celeridad. En aquella madera, maleable como la cera para el filo de sus cortaplumas, Mena inició el vasto friso de su obra de imaginero popular. Jamás supuso, desde luego, que aquello pudiera asumir, alguna vez, la jerarquía de una labor artística.

"Sus temas, desde el comienzo, fueron los mismos a los que habría de consagrar sus preocupaciones a lo largo de la totalidad de su curiosa trayectoria. Le interesaban los tipos humanos que lo rodeaban; sus perfiles pintorescos y a veces desconcertantes, en oportunidades divertidos y no raramente conmovedores. Los veía como habría de verles siempre, con ojos burlones y en cierto modo enternecidos.

"Sus tallas iniciales, hechas para divertirse y para divertir a sus amigos y sus compañeros de trabajo, tenían un acento más caricaturesco que las de sus etapas posteriores. Para acentuar esos aspectos revestía sus figuritas con trozos de fieltros y de telas de colores y las adornaba con pelos. Sus recursos de modelador, en esa época, eran sumamente reducidos. Cierta rigidez formal, resultado de su técnica primaria, caracteriza aquellas primeras obras suyas.

"Pero quien tiene un mundo que revelar encuentra, en el arte, el camino de la expresión necesaria, es decir, el vocabulario indispensable. Mena lo halló. Cuatro años después de su primera experiencia, esto es, ya en 1936, instado por sus amigos, incondicionales admiradores suyos, Mena hace su primera exposición en Buenos Aires, en una galería de la calle Florida. Todavía acude a los fieltros, a los trapos y a las pelambres de distintos orígenes para completar sus figuraciones. No ha de tardar en abandonar, por lo demás, estos recursos de imaginero elemental. Pero su expresión ha evolucionado de manera considerable. Es ya un modelador muy hábil y, sobre todo, expresivo.

"Cuando en 1940, en la Exposición FERIA del Chaco, realizada en la Sociedad Rural de Buenos Aires, se vuelven a ver obras suyas entre los productos de la más diversa índole del rico territorio. Mena es ya algo más que un amateur bien humorado e ingenioso o un principiante prometedor. Es un escultor, un tallista ante cuyas obras los entendidos más inteligentes se detienen no poco sorprendidos.

"No tuvo Mena otro maestro que su batalla cotidiana con la madera a lo largo de años de trabajo intenso y apasionado. Ni vio, siquiera, mucha escultura. Sus conocimientos, en este orden de cosas, fueron sumamente limitados. No viajó, tampoco. No recibió, por consiguiente, otras lecciones que las dictadas a su inteligencia vivaz por la observación directa y penetrante de la naturaleza y por una intuición sorprendente que le indicó, con ese instinto seguro del rumbo que es una virtud ina-

lienable del gaucho, el camino, en su arte, de lo bueno, lo verdadero y lo bello.

"Así se construyó él mismo, su estética y su técnica, su mundo, su expresión, personalísima, su exclusivo lenguaje plástico. Con esos elementos realizó la vasta obra que llenó de afanes, de tropiezos, de hallazgos felices y de satisfacciones artísticas, los veintitantos años corridos desde su primera talla para la empuñadura de un bastón de guayaibí, en 1932, hasta los finales 'Cristos criollos', casi cubistas, casi románicos o góticos, de 1954, el último año de su vida, el año en que cerró los ojos para siempre, en Rosario, la gran ciudad de su provincia natal de Santa Fe.

"Si se considera la obra de Mena a la luz del desenvolvimiento de la escultura argentina o de la evolución de la plástica de nuestro tiempo, se advierte —como se deja dicho al comienzo de estas consideraciones— su absoluta exclusividad. Poco tiene que ver esta obra con esa evolución o aquel desenvolvimiento. La originalidad es el signo que la preside. No diremos que una originalidad absoluta e intemporal porque nadie escapa, nadie puede escapar, es evidente, a la gravitación de su tiempo. Pero, dentro de tales limitaciones, esa originalidad, en el caso de Mena es considerable.

"Nadie en la Argentina —a no ser en algunas páginas de su literatura— había afrontado el tratamiento artístico de los tipos humanos de las capas populares que inspiraron al artista. Son esos tipos las pobres gentes de los rancharíos pueblerinos, de los alrededores polvorientos de nuestras ciudades provincianas. Es gente no poco grotesca muchas veces, en oportunidades ridícula, con frecuencia deforme, casi siempre absurdamente pobre. Mena las miraba con cierta zumbona socarronería de gaucho viejo; pero sin malevolencia. En realidad las miraba con un trasfondo de ternura del que no está ausente, del todo, cierta transparencia de lágrimas.

"La audacia de los deformaciones expresivas con que Mena trataba sus figuras, en procura de la acentuación de sus caracteres formales y psicológicos, esa audacia burlona, irónica, risueña o conmovida, lo aproxima, a veces, a una visión caricaturesca, pero más lo acerca a esa concepción expresionista, de ahondamiento zahorí en lo humano, en que fueron maestros Hierónimus Bosch o Goya, Daumier o Gutiérrez Solano, es decir, los artistas del rumbo estético de penetración en ciertos aspectos desconcertantes del hombre.

"A través de las distancias creadas por el tiempo, las estaturas y la diversidad de sus proyecciones estéticas, esos grandes artistas y nuestro gaucho chaqueño-santafesino se dan la mano.

"El amor al hombre, su percepción risueña, tierna o emocionante de su fragilidad y de sus debilidades, a veces grotescas, los une. Tal vez la ingenuidad que faltó a aquellos le sobre al nuestro. Pero la

ingenuidad, en arte, no deja de ser un valor significativo.

”Animado por el espíritu límpido y puro, diáfano, de esa ingenuidad primaria y con el instrumento de una visión y de una técnica que se fueron depurando, con los años, hasta llegar a síntesis expresivas de un atrevimiento sorprendente y, por tanto, de una actualidad plástica, de una modernidad tan incuestionable como la de sus bellos ‘Cristos’ finales, Mena, el gaucho Mena –así lo llamaban sus amigos– realizó una obra de tallista, de imaginero popular, única en nuestro medio, de un enorme interés para los argentinos y de un interés no menos considerable, nos parece, para cualquier persona de cualquier parte de la Tierra a quien no sea ajeno lo humano contemplado a través de una visión original y directa, despojada de pedanterías, palpitante de verdad y de amor a quienes, en el reparto de las cosas del mundo, han sido menos favorecidos por el destino.

”Cayetano Córdova Iturburu.”

Por estas razones, solicito a los señores diputados acompañen con su firma este proyecto.

Araceli E. Méndez de Ferreyra.

ANTECEDENTE

Proyecto de declaración

La Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA:

De interés de esta Honorable Cámara de Diputados, el libro *Mena*, editado en noviembre del 2005 por Editorial El Ateneo, cuyos contenidos recorren la obra escultórica y poética de Juan de Dios Mena, a través del análisis de los editores literarios Mariana Giordano y Francisco Romero, el prólogo de Mempo Giardinelli, la presentación de Eduardo Grüneisen, y 173 fotografías de Ernesto Sijerckovich de tallas en curupí policromadas, autoría de este importante artista de la región chaqueña del país.

Araceli E. Méndez de Ferreyra.